



unánimes

Estudios bíblicos

R: La vida de Jesús

24.- Tercer viaje por Galilea. Nombramiento de los apóstoles



unanimos

Estudios Bíblicos

R.24.- Tercer viaje por Galilea. Nombramiento de los apóstoles

1. La necesidad de la proclamación

Aquí veremos en Galilea como Jesús desplegaba su triple actividad, que era la esencia de su vida. Además, veremos cómo delega su autoridad a sus embajadores.

1.1. **Jesús era el Heraldo:** El heraldo es el que trae un mensaje del rey: Jesús era el que traía un mensaje de Dios. La función del heraldo es la proclamación de certezas; la predicación siempre debe ser la proclamación de certezas. No debe ser el predicador el único que esté seguro. Los miembros también. No ha habido nunca una época en la que esta certeza se necesitara más que en nuestro tiempo. Vivimos en una era de incertidumbre, una era en la que la gente ha dejado de estar segura de nada.

1.2. **Jesús era el Maestro:** No basta con proclamar las certezas cristianas y dejar así las cosas; también debemos poder mostrar la diferencia que aportan esas certezas para la vida y la conducta. La importancia y el problema de esto radica en el hecho de que enseñamos el Evangelio, no meramente hablando de él, sino también viviéndolo. No es el deber del cristiano discutir el cristianismo con los demás, sino más bien mostrarles lo que es el cristianismo. Nuestro deber no es hablarle a la gente de Jesucristo solamente, sino mostrarles a Jesucristo. Todo cristiano debe ser un maestro y debe enseñarle a los demás lo que es el cristianismo (las enseñanzas de Jesús), no con palabras solamente, sino con su vida.

1.3. **Jesús era el Sanador:** El Evangelio que trajo Jesús no se quedaba en palabras; se traducía en obras. Conforme vamos leyendo los evangelios vemos que Jesús pasó mucho más tiempo sanando a los enfermos, alimentando a los hambrientos y consolando a los afligidos, que meramente hablando de Dios. Él traducía las palabras de la verdad cristiana en obras del amor cristiano. No seremos en verdad cristianos hasta que nuestra fe cristiana desemboque en acción cristiana.

2. El trabajo de Jesús y su delegación

Localización: Galilea. Texto de referencia:

Mateo 9:35-38

Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, predicando el evangelio del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Al ver las multitudes tuvo compasión de ellas, porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor. Entonces dijo a sus discípulos: «A la verdad la mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies».

Mateo 10:1-15

Entonces, llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad sobre los espíritus impuros, para que los echaran fuera y para sanar toda enfermedad y toda dolencia. Los nombres de los doce apóstoles son estos: primero Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés; Jacobo hijo de Zebedeo, y su hermano Juan; Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo, el publicano, Jacobo hijo de Alfeo, Lebeo, por sobrenombre Tadeo, Simón, el cananita, y Judas Iscariote, el que también lo entregó.

A estos doce envió Jesús, y les dio instrucciones diciendo: «Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Y yendo, predicad, diciendo: “El reino de los cielos se ha acercado”. Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia. No llevéis oro, ni plata, ni cobre en vuestros cintos; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón, porque el obrero es digno de su alimento. Pero en cualquier ciudad o aldea donde entréis, informaos de quién en ella es digno y quedaos allí hasta que salgáis. Al entrar en la casa, saludad. Y si la casa es digna, vuestra paz vendrá sobre ella; pero si no es digna, vuestra paz se volverá a vosotros. Si alguien no os recibe ni oye vuestras palabras, salid de aquella casa o ciudad y sacudid el polvo de vuestros pies. De cierto os digo que en el día del juicio será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma y de Gomorra que para aquella ciudad.

3. Recorriendo Galilea

35-36. Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, predicando el evangelio del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Al ver las multitudes tuvo compasión de ellas, porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor.

Ya Jesús había recorrido esta zona antes. El terreno sigue siendo el mismo: continúa el gran ministerio en Galilea. Pero mientras que hasta ahora el interés principal se ha centrado en las palabras de sabiduría y en las obras prodigiosas de Cristo, a las cuales la gente responde con entusiasmo, pero los escribas y fariseos con creciente antagonismo, a partir de este punto se van definiendo más claramente las fuerzas profundamente emocionales que motivan a cada uno de los principales actores en este drama de la salvación.

Ahora se nos dice, por primera vez en forma específica, que la misión de ayuda y sanidad es resultado de su simpatía y compasión; que la acusación vil de los fariseos “por el príncipe de los demonios echa fuera demonios”, no la van a dejar ellos, sino que la van a repetir, con intentos homicidas y que el entusiasmo de la gente por el profeta de Nazaret es en gran medida de naturaleza carnal, de modo que al no ser satisfechas sus esperanzas terrenales se vuelven en su contra.

Como consecuencia, el ministerio de Cristo se convierte en una amarga lucha. Gradualmente se va percibiendo la cruz; en forma única para él, pero en un sentido más amplio también para sus discípulos, debido a su relación con él.

Cuando vio las multitudes, tuvo compasión de ellas, porque estaban angustiadas y desamparadas como ovejas sin pastor. Podemos imaginar a Jesús como que está parado en un lugar elevado. Ve a mucha gente que viene hacia Él. Algunos buscan sanidad física para sí mismos, mientras que otros llevan sus enfermos a Jesús. Una cosa es clara: pocos, si es que hay alguno, han hallado la paz que sobrepasa todo entendimiento. ¿Cómo pueden encontrarla cuando sus líderes están siempre cargándolos con sutilezas legalistas acerca de reposos, ayunos, filacterias y borlas? Esta pobre gente está oprimida por las cargas que los fariseos ponen sobre ellos.

Jesús, cuyo énfasis está sobre “los preceptos más importantes de la ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad”, toma en serio la condición de ellos. Se conmueve profundamente con compasión o simpatía, palabras ambas que tienen un mismo origen y que se refieren a “algo—sea pena o gozo, aunque mayormente la primera—que alguien experimenta juntamente con otro”. Los pesares de la gente son los pesares de Cristo mismo, porque Él ama profundamente a estas personas tan agobiadas. Siente profundamente por ellos y tiene ansias de ayudarlos.

Jesús los ve como solamente Él, con su corazón maravillosamente compasivo, puede verlos, como ovejas cuyo pastor las ha abandonado y que, por lo tanto, están pereciendo en la árida estepa barrida por el viento. Tales ovejas están “angustiadas y desamparadas”. Están completamente exhaustas y expuestas a las bestias rapaces, al viento y a la intemperie, al hambre y a la sed. ¿Qué animal doméstico es más dependiente, y por eso más indefenso cuando se deja solo, que la oveja? La oveja descuidada, sin protección y que no es buscada, ¡este es el cuadro de los pecadores abandonados a su suerte u hostilizados por los rabinos de aquel tiempo! La gente, como ovejas, necesitaba verdaderos guías y pastores.

Los discípulos que como un grupo de doce fueron escogidos por Jesús más o menos en el tiempo que predicó el Sermón del Monte, ahora han estado con Él por un tiempo y han recibido una preparación inicial para el apostolado. En cierto modo limitado, deben compartir con su maestro la carga de la responsabilidad por la salvación de los hombres para la gloria de Dios. Por lo tanto, no es sorprendente que ahora leamos:

4. La necesidad de discípulos

37, 38. Entonces dijo a sus discípulos: «A la verdad la mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies».

Jesús sabe que toda persona cargada de culpa en estas grandes multitudes va rumbo al día de la muerte y del juicio final. Estas multitudes sugieren una lamentable falta y la necesidad de labor evangelística para cubrir esta falta. Sugieren la necesidad imperativa de algo similar al arduo trabajo requerido cuando se necesita cosechar el grano maduro sin más demora. Las inmensas multitudes, por lo tanto, en forma muy adecuada son llamadas “la mies”, el extenso campo que necesita atención inmediata. Por una extensión legítima de la figura uno puede decir que esta mies, en la forma aquí considerada, consiste en la suma total de “las ovejas perdidas de la casa de Israel”. La aplicación a las condiciones actuales, sin hacer violencia a la idea básica, extendería el alcance de la interpretación, de modo que la referencia sería a todos los que pueden ser alcanzados por el evangelio.

Este texto considera las multitudes que se acercan, con sus cargas y necesidades, como viven en este momento presente, el momento en que Jesús los ve y se ve movido a compasión por causa de ellos. Hay que llevar el evangelio de salvación a todas estas personas. Ahora no se enfatiza lo que ocurrirá en el día final, en la venida de Cristo. Es verdad que en relación con ese solemne y tremendo acontecimiento futuro habrá una cosecha doble, pero ese no es el contexto aquí.

Jesús fija la atención de los discípulos en el agudo contraste entre el gran número de personas que constituyen la mies y la escasez de los obreros que deben tratar de recogerlas. Es por esta razón que exhorta a los discípulos a que oren a Dios, que es el “Señor”—esto es, el Propietario y Supremo Gobernador—de la mies, que envíe obreros a su mies. Además, al alentarlos a orar de este modo, ¿no está también enfatizando el hecho de que algo más que el simple número de los obreros está en juego, a saber, también su calidad? Deben ser enviados por Dios. No deben nombrarse a sí mismos. Deben ser hombres que aman a Dios y que aman las almas.

5. El trabajo de los discípulos

10:1. Entonces, llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad sobre los espíritus impuros, para que los echaran fuera y para sanar toda enfermedad y toda dolencia.

Al enviar a sus discípulos en una gira misionera, Jesús les enseña cómo deben conducirse. Por consiguiente, aquí aparece como maestro o profeta, revelador de la voluntad del Padre. Pero este título “profeta” se le aplica también en el sentido más restringido de anunciador de sucesos futuros. Está describiendo lo que va a suceder cuando la iglesia lleve el mensaje de Cristo a los que están perdidos en el pecado. También se prefigura el oficio sacerdotal del Señor, con su implicación de sufrimiento vicario, aunque en una forma muy tenue. Al tomar la cruz los discípulos deben seguir las pisadas de su Maestro. Ellos serán odiados porque a Él lo odian.

Finalmente, es como rey, “Señor de señores y Rey de reyes”, que Jesús envía a sus embajadores. Les da autoridad (diferencia entre apóstol y mensajero) por cuanto Él mismo está investido de la autoridad suprema.

6. El ambiente

Mateo parece dar por hecho que los lectores del Evangelio ya saben que los Doce, como un grupo, habían sido escogidos antes, aunque él mismo no relata este llamamiento. Según Lucas, este grupo de doce había sido llamado poco antes del Sermón del Monte. Ahora, quizás algo después (durante el mismo verano, esto es, del año 28 d.C.), Jesús envía a estos hombres en una gira misionera. Ellos iban a ser sus embajadores oficiales o “apóstoles”, investidos con autoridad para representar a su Enviador. El hecho de que fueran elegidos exactamente doce hombres, ni más ni menos, para esta tarea debe significar que el Señor los señaló para que fuesen el número del nuevo Israel, porque el Israel de la antigua dispensación había estado representado por los doce patriarcas.

Es ciertamente muy interesante e instructivo que los mismísimos hombres a quienes se había exhortado a que oraran para que el Señor de la mies enviase obreros a su mies ahora sean puestos en la primera fila de estos obreros. Además, se les da autoridad sobre espíritus inmundos, probablemente llamados así debido no solamente a que son inmundos en sí mismos sino porque también están instigando la inmundicia de pensamientos, palabras y obras entre los hombres.

¿Qué precisamente quiere decir Mateo cuando dice que Jesús dio “autoridad” a los Doce [esto es, poder más el derecho de ejercerlo] “sobre espíritus inmundos para expulsarlos y para sanar toda enfermedad y toda dolencia”? ¿Quería decir que por medio de y como resultado de la expulsión de estos demonios los discípulos adquirieron la autoridad de sanar toda enfermedad y toda dolencia? Si ese es el sentido, casi parecería que toda enfermedad toda dolencia es de algún modo causada por demonios. Debemos señalar que:

- a. Según los Evangelios en ciertos casos las enfermedades verdaderamente estaban asociadas con la posesión demoníaca.
- b. De ningún modo esto era siempre así. A veces una afección física se atribuye a la influencia satánica y no específicamente a la posesión demoníaca. Con frecuencia ni Satanás ni sus subordinados siquiera se mencionan en conexión con la enfermedad humana. Es verdad que en un sentido muy general e indirecto toda manifestación de aflicción humana, sea física o espiritual, puede ser atribuida a Satanás, porque si Adán como cabeza de la especie humana hubiese resistido la tentación, estos males ahora no estarían evidentes.

Jesús dio a los Doce “autoridad sobre espíritus inmundos, de modo que estos hombres podían expulsarlos y así se les ordenó que hiciesen, y les dio autoridad de sanar toda enfer-

medad y toda dolencia”. Al cumplir fielmente su tarea los Doce están verdaderamente representando a su Maestro, porque ellos están haciendo lo que Él mismo está haciendo y lo que se les ha ordenado hacer. Del mismo modo Jesús mismo representa al Padre.

7. La lista de apóstoles

Los nombres de los doce apóstoles son estos: primero Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés; Jacobo hijo de Zebedeo, y su hermano Juan; Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo, el publicano, Jacobo hijo de Alfeo, Lebeo, por sobrenombre Tadeo, Simón, el cananita, y Judas Iscariote, el que también lo entregó.

En el Nuevo Testamento aparece cuatro veces la lista de los Doce. Estas listas son muy importantes porque en esa cultura el orden fija prioridades, agrupamientos y liderazgo.

Mateo	Marcos	Lucas	Hechos
Simón Pedro	Simón Pedro	Simón Pedro	Pedro
Andrés	Jacobo Zebedeo	Andrés	Jacobo
Jacobo Zebedeo	Juan Zebedeo	Jacobo Zebedeo	Juan
Juan Zebedeo	Andrés	Juan Zebedeo	Andrés
Felipe	Felipe	Felipe	Felipe
Bartolomé (Natanael)	Bartolomé (Natanael)	Bartolomé (Natanael)	Tomás
Tomás	Mateo	Mateo	Bartolomé
Mateo	Tomás	Tomás	Mateo
Jacobo Alfeo	Jacobo Alfeo	Jacobo Alfeo	Jacobo Alfeo
Lebeo (Tadeo)	Lebeo (Tadeo)	Simón cananita	Simón cananita
Simón cananita	Simón cananita	Judas (Tadeo)	Judas (Tadeo)
Judas Iscariote	Judas Iscariote	Judas Iscariote	

En cuanto a los individuos que componían este grupo de doce, a ninguno se menciona con mayor frecuencia que el pintoresco e impetuoso Pedro. Su nombre original era Simón (o Simeón). Era hijo de Jonás (o Juan). Era pescador de oficio, y vivía con su hermano Andrés, primero en Bethsaida y luego en Capernaúm. Jesús, por cuya gracia e influencia Simón iba a ser gradualmente transformado de persona inestable en un testigo fiel y digno de confianza, proféticamente le cambió el nombre de Simón a Cefas (arameo), es lo mismo que Pedro (griego: Petros), significando piedrecilla. Por tradición se acreditan a Pedro dos libros del Nuevo Testamento, a saber, las epístolas llamadas 1 y 2 Pedro. Como se mostró con anterioridad al evangelista Marcos se le ha llamado, no sin justicia, “intérprete de Pedro”. Es difícil sobreestimar el significado de Pedro para la historia de la iglesia primitiva. Fue Andrés, también un pescador, quien trajo a su hermano Pedro a conocer a Jesús. Jacobo y Juan también eran hermanos, hijos de Zebedeo. Mateo menciona a estos dos pescado-

res no solamente aquí sino también más adelante. Hay también varias referencias a ellos en los otros evangelios. Debido a su naturaleza fogosa, Jesús llamó a Jacobo y Juan “hijos del trueno”. Jacobo fue el primero de los apóstoles que llevó la corona de mártir. Mientras él fue el primero en partir, Juan, con toda probabilidad, fue el último en permanecer en la tierra. Juan fue, como él mismo se llamaba, “el discípulo a quien Jesús amaba”. Por tradición se han atribuido cinco libros del Nuevo Testamento a Juan: su Evangelio, tres epístolas (1, 2, y 3 Juan) y el libro de Apocalipsis.

Felipe fue, al menos por un tiempo, de la misma ciudad de Pedro y Andrés, esto es, Bethsaida. Habiendo él mismo respondido al llamamiento de Jesús, encontró a Natanael y le dijo: “Hemos hallado a aquel de quien escribieron tanto Moisés en la ley como también los profetas: a Jesús, hijo de José, de Nazaret”. Cuando Jesús estaba por dar de comer a los cinco mil le preguntó a Felipe: “¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?” Felipe respondió: “Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomase un poco”. Felipe aparentemente olvidó que el poder de Jesús sobrepasaba cualquier posibilidad de cálculo. Deducir de este incidente que Felipe era del tipo de persona fría y calculadora, más que los demás apóstoles, sería basar demasiado en demasiado poco. En los evangelios Felipe generalmente aparece bajo una luz más bien favorable. Así, cuando los griegos se le acercaron con la petición: “Señor, queremos ver a Jesús”, fue, se lo dijo a Andrés y ambos fueron con los solicitantes a Jesús. Hay que reconocer que Felipe no siempre comprendió de inmediato el sentido de las profundas declaraciones de Cristo, pero ¿las entendieron los demás? En su favor se debe decir que revelaba su ignorancia con completa inocencia y pedía más información, como también es claro de Juan. 14:8: “Señor, muéstranos el Padre y nos basta”. Recibió esta hermosa y consoladora respuesta: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”.

Bartolomé (significa: hijo de Tolmai) es claramente el Natanael del Evangelio de Juan. El fue quien dijo a Felipe: “¿De Nazaret puede salir algo bueno?” Felipe respondió: “Ven y ve”. Cuando Jesús vio a Natanael viniendo hacia él, dijo: “He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño”. Este discípulo fue una de las siete personas a quienes apareció el Cristo resucitado en el mar de Tiberias. De las otras seis solamente se menciona a Simón Pedro, Tomás y los hijos de Zebedeo.

Las referencias a Tomás se combinan para indicar que el desaliento y la devoción caracterizaban a este hombre. Siempre tenía temor de perder a su querido Maestro. Esperaba el mal y le resultaba difícil creer las buenas nuevas cuando se las daban. Sin embargo, cuando con todo su tierno y condescendiente amor el Salvador resucitado se le reveló, fue él quien exclamó: “¡Señor mío y Dios mío!”

Acerca de Jacobo, el hijo de Alfeo, llamado por Marcos “Jacobo el Menor”, lo cual algunos interpretan como “Jacobo el más joven”, pero otros como “Jacobo el pequeño en estatura”, no tenemos mayor información positiva.

Tadeo con toda probabilidad es el “Judas no el Iscariote”. Por lo que se dice de él en Juan 14 parece que quería que Jesús se mostrara al mundo, probablemente queriendo decir: ser el foco de la atención pública.

El segundo Simón es llamado el cananeo, sobrenombre arameo que significa entusiasta o zelote. Por cierto, Lucas lo llama “Simón el zelote”. Con toda probabilidad se le da este nombre porque anteriormente había pertenecido al partido de los zelotes, partido que en su aborrecimiento del dominio extranjero que exigía tributo, no dudaba en fomentar la rebelión contra el gobierno romano.

Finalmente estaba Judas Iscariote, generalmente interpretado como que significaba “Judas hombre de Keriot”, lugar en el sur de Judea. Los evangelios aluden a él en repetidas ocasiones. A veces se le describe como “Judas el que lo entregó”, “Judas uno de los doce”, “el que lo entregó”, “Judas el hijo de Simón Iscariote”, “Judas Iscariote, hijo de Simón”, o sencillamente “Judas”. Probablemente sea inútil especular acerca de las razones que indujeron a Jesús a elegir a este hombre como uno de sus discípulos. Este hombre, aunque completamente responsable de sus propias obras malas, era un instrumento del diablo. Mientras otras personas, al sentir que ya no estaban de acuerdo con las enseñanzas de Cristo o que no las toleraban, sencillamente se apartaron de Él, Judas permaneció como si estuviera completamente de acuerdo con lo que Jesús era y enseñaba. Puesto que era una persona egoísta no podía ¿diremos “no quería”? entender la desinteresada y hermosa acción de María de Betania cuando ungió a Jesús. No podía ni quería comprender que el idioma nativo del amor es la dadivosidad. Fue el diablo quien instigó a Judas a traicionar a Jesús, esto es, a entregarlo en manos del enemigo. Era ladrón; sin embargo, a él se le había confiado la tesorería del pequeño grupo, con el resultado predecible.

Cuando, en relación con la institución de la cena del Señor, llegó el momento dramático, conmemorado para siempre en la Escritura y estampado en brillantes colores por el arte, en que Jesús dejó asombrados a los Doce al decir: “Uno de vosotros me traicionará”, Judas, aunque ya había recibido de los principales sacerdotes las treinta piezas de plata como recompensa por la prometida entrega, tuvo la increíble audacia de decir, ¿Ciertamente no seré yo, Maestro?” Judas sirvió de guía al destacamento de soldados y al piquete de guardias del templo que arrestaron a Jesús en el huerto de Getsemaní. Este traidor señaló a Jesús ante los que habían venido a prenderlo dándole un pérfido beso, como si fuera todavía un discípulo fiel. ¿Qué hizo que este privilegiado discípulo se convirtiera en el traidor que entregó a Jesús? ¿Fue su orgullo herido, la ambición defraudada, la codicia profundamente

enquistada, el temor de ser expulsado de la sinagoga? Sin duda, todas estas cosas estaban incluidas, pero es probable que la razón más básica es que entre el corazón completamente egoísta de Judas y el corazón infinitamente abnegado y generoso de Jesús había un abismo tan inmenso que, o Judas debía implorar al Señor que le diera la gracia de la regeneración y de la completa renovación, petición que el traidor no quería hacer, o debía ofrecer su ayuda para deshacerse de Jesús. Una cosa es cierta: La espantosa tragedia de la vida de Judas no prueba la impotencia de Cristo, ¡sino la impenitencia del traidor! ¡Ay de ese hombre!

Lo que señala la grandeza de Jesús es que tomó a tales hombres y los unió en una comunidad sorprendentemente influyente que sería no solamente un vínculo digno con el pasado de Israel sino también un sólido fundamento para el futuro de la iglesia y un cambio impactante en el mundo de entonces que resuena hasta el día de hoy.

Sí, cumplió este milagro múltiple con hombres como estos, con todas sus faltas y flaquezas. Aun cuando dejamos a un lado a Judas Iscariote y nos concentramos solamente en los demás, no podemos dejar de ser impresionados por la majestad del Salvador, cuyo poder de atracción, incomparable sabiduría y amor inigualable eran tan asombrosos que pudo reunir alrededor suyo y unir en una sola familia a hombres enteramente diferentes y a veces contradictorias en cuanto a antecedentes y temperamentos. En este pequeño grupo estaban incluidos Pedro el optimista y también Tomás el pesimista; Simón el ex zelote, aborrecedor de los impuestos y deseoso de destruir el gobierno romano, pero también Mateo, que voluntariamente había ofrecido sus servicios de cobrador de impuestos al mismo gobierno romano; Pedro, Juan y Mateo, destinados a hacerse renombrados por sus escritos, pero también Jacobo el menor, de quien nada se sabe pero que debe de haber cumplido su misión.

8. La comisión

5, 6. A estos doce envió Jesús, y les dio instrucciones diciendo:

Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel.

Aunque, como se ha indicado, este grupo de doce iba a ser enviado al “mundo”, eso no ocurrió inmediatamente. Inicialmente se les dijo a estos hombres que limitasen su actividad a “las ovejas perdidas de la casa de Israel”. Con algunas importantes excepciones, Jesús mismo también siguió la regla: “al judío primeramente y también al griego”. Aunque su enseñanza no estuvo confinada al templo y la sinagoga, para Él y para su obra éstos tenían su importancia básica. Sin embargo, ya se ha dejado en claro que el Señor de ningún modo estaba echando al olvido a los gentiles. Pero en el plan de Dios, era desde Jerusalén que el evangelio debía esparcirse entre las naciones. Todo esto nos confirma el hecho de

que en principio el nacionalismo del Antiguo Testamento (con el internacionalismo resplandeciendo frecuentemente) es destruido por la cruz, de modo que hoy “no hay distinción entre judío y griego”.

Así que, a los apóstoles se les dice que no salgan por ahora del territorio judío ni siquiera a los samaritanos, pueblo mezclado en linaje y religión y que vivían entre Galilea y Judea. El relato de Mateo de esta restricción temporal añade fuerza a uno de los principales propósitos de este libro, a saber, ganar plenamente a los judíos para Cristo. Es como si el evangelista (y Dios, por medio de él) estuviera diciendo a los judíos: “Pensad en todos los privilegios que habéis disfrutado, el trabajo hecho a vuestro favor por profetas y sacerdotes. Además, cuando en cumplimiento de las predicciones y símbolos vino el Mesías, Él se preocupó de que vosotros fueseis los primeros en recibir las buenas nuevas. El trabajo intensivo para dar a conocer la salvación por medio de Él fue realizado en primer lugar entre vosotros. Así que, ¡recíbidle hoy como vuestro Señor y Salvador!” Jesús continúa:

8.1. El mensaje

7. Y yendo, predicad, diciendo: “El reino de los cielos se ha acercado”.

Este tema del reino, proclamado primero por Juan el Bautista, luego por Jesús, y ahora también por sus discípulos, era fundamental. Dicho en breve, quiere decir que los apóstoles tienen que seguir proclamando que en un sentido ha comenzado ya la dispensación cuando a través del cumplimiento de la profecía mesiánica el reino de los cielos (es decir, de Dios) en los corazones y vidas de los hombres se iba a hacer valer más poderosamente que nunca. La comisión continúa:

8.2. Los milagros

8. Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia.

Aquí se muestra que lo que Jesús quiere decir es: “Haced y seguid haciendo lo que yo estoy haciendo y he estado haciendo”. La “autoridad” de hacer esto ya les ha sido impartida. Por la gracia de Dios ahora ellos mismos deben aplicar ese poder.

Hay abundante evidencia para demostrar que lo que aquí se ordena y predice realmente sucedió, una parte de ello inmediatamente, en este viaje o poco después, y una parte algún tiempo más adelante, después de la resurrección de Cristo; una parte de ello por medio de los Doce, a través de su líder Pedro, o Pedro y Juan, y otra parte por medio de Pablo, quien ciertamente debe ser contado entre los apóstoles (por eso hablamos de “Los Doce y Pablo”). Además, Jesús instruye a los Doce para que

den sus servicios en forma gratuita. Lo que han recibido por gracia ellos deben darlo por gracia y con alegría.

Jesús ha dicho a los apóstoles adónde deben ir, lo que deben proclamar y lo que deben hacer. Ahora les dice en qué condiciones deben emprender la gira:

8.3. Las condiciones

9, 10. *No llevéis oro, ni plata, ni cobre en vuestros cintos; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón, porque el obrero es digno de su alimento.*

En este viaje deben llevar solamente lo que es estrictamente necesario. En consecuencia, los Doce no deben proveerse de dinero, porque no lo necesitarán. No deben tratar de adquirir monedas tales como, por ejemplo, el áureo de oro, el denario de plata y ni siquiera el as de cobre.

Tampoco debían llevar un morral o alforja (literalmente: una bolsa para el camino o para viajar) para provisiones, tales como alimentos y ropa. Además, una túnica iba a ser suficiente. Una demás, fuera sencillamente para reserva o para mayor protección contra las inclemencias del tiempo, no será necesaria. Esta advertencia contra el llevar cosas de reserva probablemente se aplica también al rubro siguiente. Si es así, “no os proveáis ... de sandalias” podría significar: “No llevéis con vosotros un par extra de sandalias. Las que tenéis puestas bastan”. La adquisición de un bordón nuevo para reemplazar el antiguo tampoco es necesaria y aquí ni siquiera es permitido.

Surge la pregunta: ¿Por qué todas estas restricciones? La respuesta que se sugiere inmediatamente bien podría ser: “Porque Dios proveerá. Los apóstoles deben poner su confianza enteramente en él”. Sin duda, esta es ciertamente la respuesta básica. Sin embargo, en el contexto presente se agrega otro pensamiento (naturalmente, no sin relación); a saber, porque el obrero tiene derecho a su sostenimiento. Ciertamente, por parte de los apóstoles no debiera haber avaricia, ni deseo de enriquecerse: lo que han recibido gratuitamente, deben darlo gratuitamente. Sin embargo, esto de ningún modo anula la obligación que recae sobre los que reciben las buenas nuevas. Sobre ellos cae la obligación de proveer para las necesidades de estos doce hombres. Esto concuerda con las Escrituras en todos lugares. A todo obrero Dios le ha dado el derecho de participar de los frutos de su obra. Esto también incluye la provisión física. Es muy interesante la posición de Pablo acerca de esta cuestión.

Por lo tanto, ha quedado en claro que Dios va a proveer para estos hombres en sus viajes, tanto ahora como más adelante y que usará a los amigos del evangelio para llevar a cabo su plan. Esto significa que los apóstoles, por su parte, deben elegir cui-

dadosamente las familias donde tendrán su alojamiento. Así que no es sorprendente que Jesús ahora añada:

8.4. El hospedaje

11. *Pero en cualquier ciudad o aldea donde entréis, informaos de quién en ella es digno y quedaos allí hasta que salgáis.*

Probablemente sea legítimo suponer que al llegar a cualquier pueblo sin importar su tamaño, los misioneros en primer lugar deberían predicar al aire libre, en la esquina de esta o aquella calle, en el mercado o en la playa; o si eran invitados a hacerlo, en la sinagoga. Por la respuesta a su predicación no sería difícil determinar quiénes entre sus oyentes eran dignos o “merecedores” de proveer la hospitalidad a los portadores de las buenas nuevas. Podría tratarse de personas que esperaban “la consolución de Israel” o “la redención de Jerusalén”. Se espera que tales personas se regocijarían en la oportunidad de dar hospitalidad a los mensajeros de Dios.

Encontrando el hogar adecuado, los discípulos debían considerarlo su base de operaciones hasta que dejaran ese pueblo para irse a otro lugar. Puesto que los Doce iban a viajar de dos en dos, el privilegio de ayudar a la causa del evangelio de este modo podría extenderse a varias personas.

En el tiempo y región en que todo esto ocurría había una larga tradición de hospitalidad. Las condiciones sociales eran tales que esta práctica era casi una necesidad, debido al hecho de que el viajar no era tan fácil y las posadas eran pocas y muy lejanas. Además, la familia que ofrecía alojamiento hoy podría necesitar la misma atención a la semana siguiente.

Habría que notar que los oyentes, quienes conocían la tradición israelita sabían que las Escrituras por medio de una larga lista de nobles ejemplos de un modo no incierto alentaba la práctica de alojar huéspedes. La Biblia considera el espíritu y práctica de la hospitalidad como una de las cualidades indispensables de la vida cristiana.

8.5. El saludo

12, 13. *Al entrar en la casa, saludad. Y si la casa es digna, vuestra paz vendrá sobre ella; pero si no es digna, vuestra paz se volverá a vosotros.*

Habiéndose establecido en los hogares de quienes eran dignos, ahora los apóstoles deben ir de casa en casa llevando el evangelio. Cuando entran en cualquier hogar deben pronunciar su saludo sobre él. Usarán, según la costumbre, la conocida fórmula “Paz a vosotros” (Shalom aleijem) y ante ello, la respuesta apropiada es

(Aleijem Shalom). En aquel tiempo, como aún se usa, éste era un saludo acostumbrado. Sin embargo, hay una diferencia de acuerdo con quien lo pronuncia. En la boca de una persona que lo usa sin pensar, sólo puede ser una frase convencional. Entre amigos es indudablemente la expresión de un deseo sincero. Sin embargo, en este caso es mucho más que un deseo. En el nombre de Quien los envía, estos apóstoles no solamente desean la paz, sino que en realidad la transmiten. La bendición especial era para los que por gracia eran dignos de recibirla por la fe, no para los demás. Si el hogar no era digno “que vuestra paz vuelva a vosotros”, dice Jesús, esto es, en ese caso no se otorgará bendición.

8.6. El juicio

14, 15. *Si alguien no os recibe ni oye vuestras palabras, salid de aquella casa o ciudad y sacudid el polvo de vuestros pies. De cierto os digo que en el día del juicio será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma y de Gomorra que para aquella ciudad.*

Después de viajar por territorio pagano, los judíos tenían la costumbre de sacudirse el polvo de las sandalias y de sus vestidos antes de volverse a entrar en la Tierra Santa. Tenían miedo de que de otro modo en su país objetos levíticos limpios fueran contaminados.

Lo que Cristo está diciendo es que aun un lugar israelita, sea una casa o una ciudad, que se niega a aceptar el evangelio, se debe considerar inmundo, como si fuera tierra pagana. Por eso, tal centro de incredulidad debe recibir un tratamiento similar.

Una responsabilidad colosal, una pesada carga de culpa cae sobre tal lugar. Jesús dice que en el día del juicio el castigo que espera a la tierra de Sodoma y Gomorra, ejemplos clásicos de perversidad, será más liviano que el que espera a la ciudad que rechaza el evangelio.

9. Conclusión

Cuando un líder está a punto de embarcarse en una gran empresa, lo primero que tiene que hacer es escoger su personal. De ellos dependerá el efecto presente y el éxito futuro de su trabajo. Aquí Jesús está escogiendo Su equipo de personal, los hombres de Su mano derecha, Sus ayudantes en los días de Su humanidad y los que continuarían Su trabajo cuando Él dejara la Tierra y volviera a Su gloria.

Estos eran personas normales y corrientes. No tenían riqueza; ni una educación académica; ni posición social. Los escogió de entre la gente, hombres que hacían las cosas ordinarias, que no tenían una educación especial ni compromisos sociales. Se ha dicho que Jesús no

busca tanto hombres extraordinarios como hombres corrientes que puedan hacer las cosas ordinarias extraordinariamente bien. Jesús ve en cada persona, no sólo lo que es, sino también lo que Él la puede hacer. Jesús escogió a estos hombres, no sólo por lo que eran, sino también por lo que podrían llegar a ser bajo Su influencia y por Su poder. Aquí hay una enseñanza. Nadie tiene por qué pensar que no tiene nada que ofrecer a Jesús, porque Él puede tomar lo que Le pueda ofrecer la persona más corriente y usarlo en grande.

Podríamos preguntar por qué Jesús escogió doce Apóstoles especiales. La razón es probablemente porque había doce tribus; como en la antigua dispensación había habido doce patriarcas del pueblo de Dios, así en la nueva dispensación hay doce Apóstoles en el nuevo Israel. El mismo Nuevo Testamento no nos dice gran cosa de estos hombres. Como dice Plummer: «En el Nuevo Testamento es la obra, y no los obreros, lo que se glorifica.» Pero, aunque no sabemos casi nada de ellos, el Nuevo Testamento es muy consciente de su importancia en la Iglesia, porque Apocalipsis nos dice que sus nombres están inscritos en las doce piedras fundacionales de la Santa Ciudad. (Apocalipsis 21.14). Estos hombres, hombres sencillos sin especial trasfondo, hombres de muchas esferas divergentes, fueron los llamados para iniciar un movimiento que impactó al mundo entero. Mucho de la ética de occidente se basa en las enseñanzas de Jesús predicadas por estos doce hombres (los 11 más Pablo).

Es imposible contar la cantidad de creyentes que se han acumulado desde el siglo I hasta la fecha. También es imposible contar cuantos hay en el presente. Las estadísticas dicen hay más de 801 millones de protestantes en el mundo, 1,329 millones de católicos y 260 millones de cristianos ortodoxos. Independientemente de sus doctrinas, de una u otra forma las religiones cristianas tienen su fundamento en el testimonio apostólico, esto es el Nuevo Testamento. Por tanto, podemos inferir que es en la casta de hombres y mujeres normales, los 11 más Pablo donde se funda la Iglesia de Cristo.

Estudio basado parcialmente en la cronología de los cuatro evangelios de Ricardo Aschmann, en el libro “Armonía de los evangelios” de AT Robertson, en el libro “Life of Jesus in Chronological order” de Mike Mazzalongo y en los comentarios bíblicos de William Hendriksen y William Barclay.

Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995

El presente estudio es de distribución libre, no se puede comercializar u obtener beneficios económicos de ninguna forma.